

arrojaron en la ciudad dos mil ciento treinta y cuatro bombas del peso de tres á once quintales, las que habiendo abierto en las murallas brechas enormes, el Sultan-Muhammed se decidió á probar un asalto jeneral. Muchas veces lograron los sitiadores plantar sobre las murallas el estandarte de Mahoma; mas los sitiados restablecieron siempre el de San Marcos, y concluyeron por rechazar á los musulmanes: estos últimos perdieron dose mil hombres en aquel ataque infructuoso. Algunos dias despues, un segundo asalto tuvo el mismo resultado, y Sultan-Muhammed, que habia perdido la tercera parte de la flor de sus tropas, exclamó dolorosamente dando la señal de la retirada: «¡ Por qué fatalidad he oido jamás pronunciar el nombre de Escutari! »

El Sultan, abandonando la esperanza de tomar á viva fuerza aquella plaza, dejó allí una parte del ejército para bloquear la ciudad; y con el resto de sus tropas se apoderó de las fortalezas que la guarnecian, á fin de privar de todo recurso á los sitiados. En fin, un tratado concluido entre la república de Venecia y Muhammed le hizo dueño de Escutari: los intrépidos habitantes de aquella ciudad á quienes no habia podido rendir el Sultan, salieron de ella en número de cuatrocientos y cincuenta hombres y ciento y cincuenta mujeres; respetóse su vida, gracias á la precaucion que ellos habian tomado de asegurarse de la ejecucion del tratado, exijiendo muchos rehenes por parte de los musulmanes.

Despues de haber firmado el tratado, enviaron un embajador otomano á Venecia, al que recibieron con los mas grandes honores. A pesar de la diferencia de religion, se formó una estrecha alianza entre el Sultan y la república: esta última se aprovechó de ella contra sus enemigos; y Muhammed, político demasiado fino para dejar de alimentar con todo su poder las disensiones de los cristianos, sostenia, segun la expresion humillante de los musulmanes, *á los perros contra los puercos, y á los puercos contra los perros.*

Los Otomanos, en paz con Venecia, volvieron sus fuerzas contra la Hungría. A principios de octubre de 1479, un ejército de cuarenta mil hombres, bajo las órdenes de doce bajáes, invadió la Transilvania, mas la desunion que se introdujo bien pronto entre los jefes demasiado numerosos, de aquella expedicion, salvó aquel desgraciado pais. Estéban Bathori, voivodo de Transilvania, y el conde de Temeswar, jeneral de Matías Corvin, reunieron sus tropas y batieron á los musulmanes en la llanura de Kenger-Mezoe. Los vencedores mancillaron su victoria con actos de ferocidad dignos de los caníbales: pusiéronse mesas sobre los cadáveres de los vencidos; el vino corrió á mares y se mezcló con la sangre de los muertos: concluido aquel horrible festin, bailaron los convidados sobre los cuerpos de sus enemigos; el conde Kinis de Temeswar, embriagado con los vapores de la orjía, cojió uno de aquellos cadáveres con los dientes, y ejecutó de aquel modo una danza guerrera. Al dia siguiente hizo levantar sobre el campo de batalla unas pirámides con sus enemigos muertos, y tributó los honores fúnebres á los restos inanimados de Estéban Bathori, que pereció gloriosamente en aquella sangrienta jornada, con ocho mil Húngaros.

Una derrota semejante no desanimó á los Otomanos: al año siguiente volvieron á principiar sus incursiones. La Estiria, la Carintia, la Carniola, fueron desoladas por hordas de Ekindjis, mientras que el Sultan-Muhammed eehaba del trono á Budak, principe de la familia de los Zoul-Kadriie, que reinaba en una parte de la antigua Capadocia, de la que han formado el sanjacato de Merach; y hacia reconocer, en lugar del soberano destronado, á su hermano Alauddewlet. He aquí en pocas palabras los motivos de aquella expedicion de Muhammed: Kaitbai, Sultan de los *Mamelucos Tcherkeses*, estaba en guerra, en 872 (1467), con Cher-Souwar, principe de Zoul-Kadriie, y cuñado del monarca otomano. Para privar á Cheh-Souwar de la proteccion de su poderoso aliado, ofreció



*Réception d'un Ambassadeur Venise à Constantinople.*

*(Après Giovanni, mort en 1420 mort en 1516.)*

Recibiments de un embahe Venecia en Constantinopla.

Kaitbai la soberanía de los estados del príncipe de Zoul-Kadriie á Sultan-Muhammed, si le permitia vengarse de su enemigo. El Sultan, seducido con aquella promesa, dejó á los dos rivales evacuar entre ellos su querella; mas, luego que Cheh-Souwar, vencido, fué muerto por orden de Kaitbai, este último, lejos de cumplir su palabra, cediendo á Muhammed el territorio de Zoul-Kadriie, le devolvió al príncipe Chah-Boudak, que le habia gobernado ya en 870 (1465). El Sultan, demasiado ocupado entónces en Europa, disimuló su resentimiento; y solo fué en 885 (1480) cuando se vengó de Kaitbai, destruyendo á su protegido.

Con aquella expedicion se terminaron las guerras de Sultan-Muhammed en Asia. Desde aquel momento, la Europa llamó su atención: Guedik-Ahmed, vuelto á entrar en gracia, y nombrado bajá de Valona, se apoderó de las islas de Zante y de Santa-Maura. Su posesion sujirió á Sultan-Muhammed el pensamiento atrevido de avasallar la Italia. La política de Venecia, en guerra en aquella sazón con Fernando el Católico, acabó de fortificar aquel deseo del conquistador, persuadiéndole que tenia derechos sobre las ciudades de la Calabria y de la Pulla, que dependieron en otro tiempo del imperio de Oriente, del que se hallaba dueño. El ambicioso Sultan, hallando muy plausibles aquellas razones, hizo investir á Otranto, y le tomó por asalto el 11 de agosto de 1480 (885).

Aun antes que Guedik-Ahmed-Bajá hubiera bajado sobre las costas de la Pulla, Mesih-Bajá conducia delante de Rodas una flota de mas de sesenta galeras. La primer idea de aquella empresa le fué sujerida al Sultan por tres renegados que le sometieron los planes de las fortificaciones. El almirante otomano desembarcó algunos cuerpos de Espahis, que fueron rechazados; ensayó entónces de sorprender el fuerte de la isla de Tilo, que pertenecia á los caballeros; no fué mas dichoso, y se retiró á la bahía de Fenika (*Physcus*), mientras que llegaba la escuadra otomana.

Despues de la toma de Constantinopla, habia habido diversas alternativas de hostilidades y treguas entre el Sultan y los caballeros del orden de San Juan de Jerusalem. Las guerras sucesivas que Muhammed tuvo que sostener protejieron durante mucho tiempo á Rodas contra los proyectos ambiciosos de aquel monarca; mas, luego que hubo estado concluida la paz con Venecia, el gran maestre Pedro de Aubuson tomó todas las medidas necesarias contra un ataque que preveia bien que no podia estar lejos. En su consecuencia, llamó á todos los miembros del orden á la defensa de Rodas: los caballeros se apresuraron á acudir de todos los paises donde se hallaban dispersados: se concluyó la paz con el bei de Tunez y el Sultan de Egipto; se hicieron grandes acopios de trigo; se arreglaron todas las disposiciones para sostener un sitio; y cuando Muhammed envió á su almirante delante de Rodas, no faltaba nada para la defensa de aquella plaza importante, que podia llamarse el baluarte de la cristiandad.

Hácia fines de abril de 1480, salió de los Dardanelos la flota otomana, fuerte de ciento y sesenta navios; y el 23 de mayo siguiente, estaba á la vista de Rodas. Mesih-Bajá desembarcó su ejército al pié del monte San Estéban, situado á una legua al oeste de la ciudad. Tres enormes cañones fueron puestos en batería contra el fuerte San Nicolás. De los tres renegados que habian dado al Sultan el plan de Rodas, uno solo vivia aun: era un Aleman, conocido bajo el nombre de maestre Jorje, excelente artillero, que dirigia las baterías de los Osmanlinos. Pocos dias despues de haber principiado el sitio, se presentó el transfugo al pié de las murallas, se hizo conducir cerca del gran maestre, y, fingiendo un profundo arrepentimiento de su apostasia, pidió volver á entrar en las filas de los defensores de la cristiandad. Diéronle el mando de una batería sobre las murallas, mas agregándole seis soldados para vijilarle.

Mesih-Bajá, despues de haber sido rechazado con pérdida de un asalto que intentó contra la torre San Ni-

colás, reconcentró todas sus fuerzas en un solo punto: tres mil y quinientas balas de cañon abrieron anchas brechas en el cuartel de los Judíos y en el baluarte de los Italianos. Los sitiados opusieron á aquella batería una máquina, llamada por irrisión *tributo*, y que volvía á enviar á los Otomanos las enormes balas de piedra con que cargaban sus cañones y los fragmentos de peñascos con los que ensayaban llenar los fosos, que los Rodianos, escondidos bajo galerías cubiertas, vaciaban todos los días. Jorje el transfugo, llamado por el gran maestro, propuso una nueva catapulta que arruinaría enteramente los trabajos de los sitiadores; mas cuando se hizo la prueba sucedió que aquella máquina en vez de alcanzar á las baterías enemigas, daba sobre las murallas de la ciudad. Jorje, sospechoso ya de traicion, fué puesto en el tormento; y despues de haber confesado su crimen, le espió en el cadalso.

Mesih-Bajá, rechazado en todos sus ataques, ensayó en vano obtener por la via de las negociaciones la rendicion de la plaza que la fuerza no habia podido someter. Fueron desechadas sus proposiciones: irritado con aquella negativa, que le quitaba la esperanza de guardar para sí solo el botin (porque, en caso de asalto, le venia de derecho á los soldados), el avariento baja se resolvió sin embargo á dar el último ataque jeneral. Para asegurarse mejor del éxito, prometió, aunque á pesar suyo, el saqueo á sus tropas. El 28 de julio de 1480, al levantarse el sol, dió la señal un cañonazo: los musulmanes, animados con la esperanza de un rico botin, hicieron prodijios de valor; ya se habian apoderado de una parte de las murallas é iban á penetrar en la ciudad, cuando Mesih-Bajá hizo publicar que estaba prohibido el saqueo, y que los tesoros de Rodas pertenecian al Sultan. Apenas hubieron sido pronunciadas aquellas palabras, que se apagó todo el ardor de los sitiadores: los caballeros volvieron á tomar las posiciones que habian perdido, los musulmanes huyeron abandonando su estandarte, y Rodas fué salvada.

Los Otomanos atribuyeron su derrota á la avaricia del bajá, y los Rodianos á un milagro: estos últimos aseguraban que por encima de la plaza donde ondeaba el triple estandarte de Jesús, de la Santa Virjen y de San Juan, seles habia aparecido una cruz de oro, una virjen rodeada de una aureola resplandeciente, y un guerrero celeste.

Mesih-Bajá, que habia perdido durante el sitio mas de nueve mil hombres y que habia tenido cerca de quinientos mil heridos, ordenó el embarque de las tropas otomanas; y despues de haber probado inútilmente rendir el fuerte de Petronion á Halicarnaso, condujo su ejército á Constantinopla, donde fué borrado de la lista de los bajáes de tres colas, dichoso todavia de no pagar con su cabeza el mal éxito de la espedicion que el Sultan le habia confiado. Queriendo aquel príncipe borrar la vergüenza de aquella derrota, proyectó una nueva empresa que debia mandar en persona, á fin de hacer ver, decia él, que sus tropas eran invencibles cuando las conducia él mismo al combate. Las colas de caballo del Sultan fueron enarboladas en la orilla asiática, y el ejército marchó de Escutari hácia Gueibizé (*Libysa*), sin conocer el objeto de aquella campaña, que quedó ignorada para siempre, habiendo muerto Sultan-Muhammed casi repentinamente, el 3 de mayo de 1481 (4 rebiul-ewel de 886), á su llegada á Khunkiar-Tchairi (la pradera del emperador), cerca de Mal-Tepe, en frente de la grande isla de los Príncipes. Tenia cincuenta y dos años y habia reinado treinta, sin comprender los cinco años que ocupó el trono en vida de su padre Murad II.

La conquista del imperio de Oriente, del de Trebisonda, la de mas de doscientas ciudades, villas y aldeas y la de siete reinos, han dado al Sultan-Muhammed derechos incontestables al sobrenombre de Fatyh (el conquistador) con que sus contemporáneos le han condecorado y que la posteridad ha confirmado. Como todos los hombres extraordinarios, el monarca otomano ha encontrado pauejiristas desmedidos y detracto-